

FRANCISCO AYALA (1906-2009): MEMORIA DE LA ESPAÑA MEJOR

M.^a Ángeles NAVAL*
Universidad de Zaragoza

Estas líneas del *Boletín senderiano* son recordatorio y homenaje de Francisco Ayala, que, como Sender, ha sido uno de los grandes escritores españoles del siglo XX que vivieron el exilio tras la Guerra Civil y luego fueron recuperados para la cultura: primero editorialmente y después con su presencia física en el territorio del que habían sido expulsados. Esta presencia fue efímera y esporádica en el caso de Sender pero larga y duradera en el caso de Ayala.

La obra narrativa de Ayala no es muy extensa. Las mil doscientas y pico páginas de la narrativa completa publicada por Alianza en 1993 recogen las colecciones de cuentos y novelas de recuerdo inexcusable: *Los usurpadores*, *La cabeza del cordero*, *Historia de macacos*, *El as de bastos*, *El jardín de las delicias*, *Muertes de perro* y *El fondo del vaso*. Hay que sumar a este conjunto los dos tomos de memorias *Recuerdos y olvidos*.

La producción narrativa de Ayala es, pues, más bien breve, sobre todo en relación con la duración de su vida. Pero este siglo largo de vida ha otorgado una extensa carga de representación a Francisco Ayala. Su longevidad le ha conducido a ser el representante en nuestro mundo de hoy de una España que se encuentra en fase de liquidación: la España liberal del primer tercio del siglo XX; la España de la generación del 27, la España republicana que perdió la guerra de 1936, la España mejor que ha sobrevivido todo el siglo XX en la mejor tradición literaria contemporánea de nuestro país, la de la Edad de Plata.

Es difícil pensar en la generación del 27, hablar del exilio, de Sender, de Ayala, de Cernuda, de Max Aub, sin considerar que la literatura de estos autores envuelve o implica dos cuestiones fundamentales: un sentido histórico y colectivo (o sea,

* manaval@unizar.es

nacional) de la literatura y, a la vez, un sentido introspectivo, de inteligencia, sensibilidad, imaginación y libertad individual.

Esta doble faz constituye uno de los aspectos sobresalientes de la obra narrativa de Ayala que parece oportuno destacar en este 2009. El escritor granadino obtuvo en 1935 una cátedra de Derecho Político, y su formación y sus primeros escritos apuntaban ya la vertiente sociológica de sus preocupaciones intelectuales. Su narrativa aún la mirada inteligente sobre la conducta humana individual y la elaboración de un contexto histórico y sociológico que aporta profundidad a la elaboración literaria. La sabia dosificación del detalle mínimo, que puede tender a lo grotesco, y la reflexión intelectual constituyen, junto con un sentido de lo humano muy certerano, los pilares que sostienen las historias de los relatos de Ayala. Puede ser bien representativo de lo que digo el cuento incluido en *Historia de macacos* y titulado «El colega desconocido». La narración, bastante cómica, del encuentro entre un autor de literatura comercial y otro que está en vías de convertirse en autor «canónico», los cuales se desconocen mutuamente, permite desgranar de manera ingeniosa y aguda un tratadito sobre sociología de la literatura: la profesionalización de los escritores, el comercio de libros, la constitución del canon literario y la institucionalización de la literatura. Estas preocupaciones no son ajenas al sociólogo Ayala, que escribió un ensayo sobre *El escritor en la sociedad de masas* y dedicó páginas memorables a reflexionar sobre la imagen del escritor. Pero en el relato se abordan estos temas con la comicidad, quizá la mirada satírica, que permite involucrar la psicología y la vanidad de los escritores, su vida familiar y su posición social.

Es probablemente en su relato más célebre, «La cabeza del cordero», casi una novela corta, donde esta combinación alcanza las complejidades y los matices de la gran literatura. El arranque de la invención es humorístico: un viajante de comercio llega a Fez, donde lo sorprende una familia morisca que lleva el mismo apellido del protagonista narrador, Torres, y que desciende del mismo pueblo granadino. Se permite Ayala incluso la broma de que el hijo de la familia marroquí se llame Yusuf Torres, y el protagonista, José Torres. Las vicisitudes humanas levemente grotescas que hace aparecer el autor al hilo del posible parentesco y del parecido físico del viajante con los de Fez, la inserción de abundante materia narrativa de origen folclórico y otros elementos descriptivos y narrativos se completan con la alambicada proyección de la historia de España como una historia de expulsiones y de iniquidades desde 1492 hasta 1936. «Pero ¿tan seguros están ustedes de que somos todos unos?», pregunta el narrador.

Lo general y lo particular, lo singular y lo histórico se amasan con inteligencia y buen humor en la obra de Ayala. Entre las particularidades sobre las que recae con gusto su narrativa se encuentra el tema de los parecidos físicos, asunto este llevado al paroxismo del humor y la ambigüedad en «La cabeza del cordero». Otra de las cuestiones semiocultas pero recurrentes ya en el Ayala de los años cuarenta es la vejez; mejor dicho, el envejecimiento. El escritor comenzó a fijarse pronto en él, no como tema fundamental pero sí como música de fondo al hilo de esas peculiares

descripciones físicas que Jorge Urrutia definió como una forma de descoyuntar el cuerpo. Se nota en Ayala muy tempranamente una preocupación por las formas de envejecer y un rechazo de la *aurea mediocritas* de las vidas que simplemente se deslizan hacia la muerte: «La plata de la vejez y el oro de la mediocridad».

No pudo evitar las hebras de plata de la vejez, pero todo nos indica que supo bandearse bien con el oro de la mediocridad. El tiempo, enemigo de los hombres, ha sido su gran aliado al convertirlo en último superviviente de la mejor España, la que no pudo ser. Pero hay que decir que Ayala ha sabido mantenerle el pulso al tiempo en la vejez extrema. Ha muerto, pero mientras estuvo vivo el tiempo no pareció arrastrarlo hacia el lado de los vencidos, los enfermos o los fantasmas. Seguramente mereció esa suerte. Tal vez la ganó cuando decía que cenaba dos güisquis y una manzana en los últimos años. Larga memoria a Francisco Ayala; larga memoria a la cultura española de la que Francisco Ayala ha sido, con suma dignidad, el último albacea testimonial.